

y que no he entendido (¿se tratará de mi estupidez?). Como todo hombre convencido, cree que los demás alguna vez se convencerán, o errarán. «Además de estudioso de Blake y cristiano, soy un burgués liberal. Creo que quien no lo sea, o al menos no quiera serlo, aún no ha bajado de los árboles». (¿Se tratará de la estupidez de Frye?). A Frye le caracteriza ese tipo de tics que molestan y al tiempo agradan, como tener un libro favorito, en su caso *Anatomía de la melancolía* de Burton. La obra más importante que ha leído es *Tú y yo*, de Buber. Algunas observaciones espléndidas: «El filósofo irrefutable no es aquél al que no se pueda refutar, sino el que sigue estando ahí después de haber sido refutado», es decir, no el que tiene una idea, sino el que sigue pensando en la ausencia de la misma. Otra: «La literatura no argumenta» (siguiendo a Shelley y a Yeats). No hay aquí espacio para continuar de paseo con Frye, pero volveré a mi camino mientras él dice lo siguiente: «Creo que el ideólogo se dirige al público y quiere causarle un efecto cinético. Quiere que salgan al exterior y hagan algo. El poeta da la espalda al auditorio. Yo comienzo la *Anatomy* con la observación de John Stuart Mill de que al poeta no se lo escucha, sino que se acierta a oírlo, y de que no pretende causar el menor efecto cinético en su auditorio. Está creando una ausencia para que dicha ausencia pueda

pasar a ser una presencia». *Chapeau!*

Si uno hubiera comenzado leyendo a Lorenzo Villalonga por el *Diario de guerra* que acaba de editar Pre-textos (con un informado prólogo de José Carlos Llop), sus obras, penosamente, se habrían muerto de aburrimiento en el estante. No es que sea brutal en su fascismo, no, es fino es su fascismo. No es Céline, es un fascismo educado, joseantoniano, al que llama el Ausente, lleno de tics y de una insostenible trivialidad.

A punto de cerrar uno de los bucles de esta Babel leo el reciente libro de Jon Juaristi, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos* (Espasa Calpe), una obra en la que, con una prosa a prueba de bombas, mezcla historia y ensayo en un intento de desentrañar el nacionalismo vasco y su extremo perverso y asesino, ETA. De los foralistas al abertzalismo, Juaristi ha penetrado en los documentos, alternando con brillantez una amplia investigación que abarca la literatura y el documento, la filología y la psicología. La tesis central es que en todo nacionalismo hay una actitud melancólica que da en suponer una patria y al mismo tiempo su pérdida o su inaccesibilidad a causa de las fuerzas extranjeras que continuamente lo impiden. El libro es un lúcido alegato contra el nacionalismo, especialmente contra aquel que adopta el chantaje, la extorsión y el crimen

para defender una quimera; es decir, es un alegato contra el nacionalismo vasco que «sólo sabe una cosa, pero como el erizo de Arquíloco, lo sabe muy bien: que es necesario perder para ganar, mantener vivo el agravio para que el sacrificio de las sucesivas generaciones resulte políticamente rentable». Para mantener vivo este espíritu, piensa Juaristi, los políticos nacionalistas cuentan historias. Contra esas historias se vuelve el poeta y estudioso vasco con la fuerza de quien cree en la historia. Curiosamente la *historia*, en singular, es la que nos compete, porque es una búsqueda de la verdad, mientras que las *historias* son elucubraciones fantasiosas, cuyo iceberg es un país que ni existió ni existirá así fueran soberanos de la «patria» sólo vascos de veinte generaciones. A nuestro siglo de mentiras (no ha sido la única, pero tal vez la principal ha sido la ideología comunista), el despertar convulsivo de los nacionalismos parece querer heredar las exacerbaciones del nacionalismo dieciochesco como respuesta a una esencia ocultada e impedida, ofertada e inexistente. La nostalgia del nacionalista, piensa Juaristi, no es real, porque «la nación no preexiste al nacionalismo». Sabido es que el País Vasco tiene la mayor cota de autonomía europea, es decir, de región o autonomía perteneciente a un Estado que la engloba. Por otro lado, las características distintivas son míni-

mas: el euskera es el resultado de una coine reciente para dotar de una sola lengua «nacionalista» a los vascos, y se comienza a hablar, a estudiar y a escribir en ella con más abundancia desde la democracia, dato de una importancia radical. A diferencia del catalán, el euskera (o sus formas diversas anteriores) carece de literatura, salvo la muy reciente. Más: los vascos son católicos (en un número más alto, aventuro, que en Cataluña), es decir, como la mayoría religiosa de España. Juaristi señala con justeza a este propósito que comparar al País Vasco con Irlanda es un disparate histórico e interpretativo. Sabino Arana, el padre (como se ve, bastante reciente) del nacionalismo vasco «profesó toda su vida un gran afecto a la Compañía de Jesús». Juaristi cita una observación de Antonio Elorza: Arana imitaría a Ignacio de Loyola al fundar un partido/compañía y al crear también una lengua, un castellano euskerizado. Esa herencia sigue vigente. Nuestro autor hace ver que muchos de los términos acuñados por el euskera no sirven para designar nada fuera del País Vasco, es decir que tienen una referencialidad restrictiva: «*Ikurriña* no equivale a *bandera*, ni *lehendakari* a *presidente*, ni *ertzantza* a *policía* ni *jaurlaritza* a *gobierno*. No son nombres comunes». Es decir, y lo digo por mi cuenta, esa restricción es una reducción semejante a la practicada por los jíbaros con las

cabezas de los enemigos. Lengua, pues, que no quiere ser común, que no puede señalar más allá de sus fronteras, es decir: sin verdadera comunidad.

El libro de Juaristi encontrará respuestas extensas en historiadores y politólogos. Por mi parte sólo quiero indicar que el nacionalismo abertzale (y todo nacionalismo semejante) participa también de dos cuestiones: una, psicológica, la paranoia histórica, y la otra ideológica, la utopía. Neurosis: el nacionalismo se señala siempre a sí mismo, pero no se entrega, llama la atención, necesita continuamente de la exhibición o la propaganda, que es uno de los objetivos del terrorismo; concibe al otro como substancialmente enemigo de algo que en él es radical, pero que es inaccesible. Ideología utópica: el nacionalismo supone la creencia en una patria que, de ser alcanzada, supondría el encuentro del ser y la historia, que respondería a las preguntas fundamentales del individuo. La patria nacionalista no es la Historia, sino la reconciliación del individuo con su colectividad y de ésta con sus orígenes (aunque sean meramente imaginarios). Como la utopía, el nacionalismo se aísla de la historia y de los otros pueblos. Recuérdese que todas las utopías son islas o están aisladas, es decir que no sufren compañía ni siqueira de sus semejantes. Pero, a diferencia de las islas utópicas, el nacionalismo siempre está en guerra con sus veci-

nos porque éstos suponen una amenaza continua para realizar, no aspiraciones concretas que pueden ser discutidas en los partidos y en los consejos de ministros, sino lo que ya *es*. La utopía ignora la historia, el progreso, la diferencia, la excepción y la oposición de ideas y actitudes; aunque no tiene lugar, se propone como *el lugar*. El nacionalismo, al saber ya lo que es, no puede tolerar tampoco la diferencia (por ejemplo, el no ser nacionalista). Un vasco no nacionalista sería un mal vasco o un no-vasco, como cierto nacionalista encendido dijo alguna vez de Fernando Savater, que no es nacionalista; ciertamente, en ninguna dirección. Sin duda hay diferencias, pero he querido señalar las afinidades. No he mencionado, por ejemplo, que el nacionalismo, entendido siempre en sus manifestaciones extremas, es racista, como hemos podido ver en numerosas declaraciones de Arzálluz y otros representantes de partidos nacionalistas. No quiero cerrar el párrafo sin volver al importante libro de Juaristi para destacar no sólo su valor intelectual, como historiador y ensayista, sino también su valor moral. Vasco, y habiendo conocido la ETA desde dentro, ha tenido el valor de desmitificar, desde hace muchos años, a nuestra mayor lacra social, la que más radicalmente está contra la convivencia de vascos con vascos y de éstos con el resto de los españoles.

Juan Malpartida